



Sobre representaciones y aporías: Derrida, lector de *Las Meninas*

Pablo Gudiño Bessone

(UNGS – CONICET)

Resumen

Entablar una lectura de las aporías presentes en el cuadro de *Las Meninas* de Velásquez es afín a la posibilidad de redescubrir los excesos e indeterminaciones que competen a todo ordenamiento representativo. Así como para el Foucault de *Las Palabras y las Cosas* toda determinación representativa se ve encrucijada por la existencia irreductible de lo impensado, para Derrida toda oportunidad de representación absoluta de la realidad no sólo se ve obstruida por la imposibilidad de confinamiento de lo impensado, sino también por la constante diseminación significativa de la que es producto todo intento de duplicación y reiteración de la realidad.

Palabras claves

Representación, diseminación, aporías.

Abstract

To start a reading of the present aporias in the picture of *The Meninas* by Velazquez is related to the possibility of re-discovering the excesses and indeterminations that are incumbent on any representative classification. As well as to Foucault in *The Words and the Things* any representative determination is looked crossroads for the uncompromising existence of the unthinkable thing, to Derrida any opportunity of absolute representation of the reality not only meets obstructed by the impossibility of confinement of the unthinkable thing, but also for the constant significant dissemination of the one that is a product any attempt of duplication and iteration of the reality.

Keywords

Representation – dissemination - aporias.

Excesos, inestabilidades, indeterminaciones, devenir de aporías que remarcan la imposibilidad misma de representación de la realidad en términos plenos y absolutos. Aludir al cuestionamiento de una concepción universalista, en donde toda posibilidad de representación de los hechos ha de ser concebida como la oportunidad de acceso a un origen puro y primero de las cosas, es el propósito al que nos permite arribar una lectura posfundacional de autores como Michel Foucault y Jacques Derrida.

Navegar en el terreno de las aporías, de aquello que es imposible de ser determinado en el escenario de un presente simple, nos permite abrir un abanico de oportunidades respecto a las posibilidades mismas de interacción existente entre el despliegue de una percepción de la realidad y su convivencia con lo impensado. No hay representación sin resto, no hay verdad sin ocultamiento, no hay determinismo sin

indeterminación. Si toda instancia de representación no hace otra cosa más que posibilitarnos nuestro acercamiento hacia la existencia de un origen puro, sustancial y primero, pues no hay oportunidad alguna de análisis respecto de esas bases históricas apriorísticas y discursivas de condicionamiento que hacen factible al conocimiento de la realidad por parte de los sujetos y que, ante su reiteración constante, se le presentan al hombre en tanto inaccesibles e impensadas. Lo que hace que toda representación sea posible y se sostenga, no es el contraste ni el reflejo efectivo de aquello que representa, sino los excesos mismos de lo que posibilita su producción y por lo cual es producida. Aporías y excesos ineludibles que para Foucault son considerados como la existencia de condicionamientos temporales que posibilitan su realización y que, para Derrida, nos distancian cada vez más de ese supuesto origen primero sometiendo a las relaciones de representación hacia un incesante e infinito juego de proliferación y diseminación de significados.

Mediante una lectura de estos dos autores, y ante un intento de establecer hallazgos respecto a un tratamiento teórico acerca de las aporías e (im)posibilidades inherentes a todo acto de representación, el presente trabajo tiene como propósito remarcar las estructuras falladas y escindidas por las que permanece atravesada toda instancia de constitución y duplicación de la realidad, es decir, vislumbrar la existencia irreductible de esos puntos de fuga, excesos e indeterminaciones a las que se encuentra expuesta toda estructura ontológica de configuración de un sentido único, universal e inteligible de los hechos.

La representación y lo (im)pensado: un rastreo de las aporías en *Las palabras y las cosas*.

Iniciador y portador de una corriente teórica de pensamiento postmoderno, Foucault considera que ninguna objetividad empírica ni ninguna modalidad de subjetividad trascendental por parte de los sujetos, puede llegar a ser postulada sino dentro de los límites y horizontes de una estructura u ordenamiento discursivo. No hay nada más allá de los discursos, no hay posibilidad ni experiencia posible que pueda ser contrastada sino dentro de las esferas y encuadres mismos de una estructura enunciativa. Para Foucault, no hay oportunidad de referencia a un discurso único y perdurable en el tiempo que asegure a los hombres las evidencias concretas acerca de la representación y la comprensión empírica de las cosas. Para el mismo, es necesario concebir al discurso como una violencia que se ejerce sobre las cosas, en todo caso, como una práctica que se les impone, una práctica mediante la cual los acontecimientos de la realidad alcanzan su existencia, su regularidad e interpretación (Foucault 2008: 53)

Toda posibilidad de evidencia e inteligibilidad misma de la realidad permanece siempre atravesada por la existencia de referencias discursivas que tornan viable a la contrastación de los acontecimientos. Mediada siempre por la efectividad de los discursos, la interpretación de los hechos permanece infinitamente expuesta a la existencia irreductible de una historicidad que la constituye. He aquí la temporalidad a la que toda comprensión de los fenómenos del presente se encuentra siempre sometida. En su crítica a la modernidad, Foucault se opone a la idea de un sujeto incondicionado con capacidad de autodeterminación. Sus reflexiones acerca del poder y de los condicionamientos temporales y discursivos por los que se encuentra mediada toda posibilidad de lectura y mirada de la realidad, le permiten consolidar y fortalecer su postura respecto a la noción de un individuo cuya posibilidad de interpretación de la verdad y el saber es el resultado del contexto de una producción histórica que lo establece. No hay verdad sin historia, no hay posibilidad de práctica ni ejecución del

saber sin un escenario contextual que lo posibilite. En lo que hace a su enfrentamiento con la modernidad, queda demostrada su concepción de que la historia es discontinua y se organiza en torno a lo que Foucault denomina como la producción de un cuerpo epistémico. Para Foucault, las epistemes estructuran los más diversos campos de ejecución y prácticas de conocimiento de una época. Cuando el mismo hace referencia a la noción de episteme, pretende hacer alusión respecto al conjunto de relaciones discursivas que preexisten a los escenarios históricos y que, por consiguiente, contribuyen de posibilidades prácticas a la conformación de un saber científico.¹

En *Las palabras y las cosas*, Foucault intenta remarcar que es a partir de la irrupción de la época moderna que los individuos emergen a pensar y a conocer dentro de los esquemas y límites epistémicos que determinan a los escenarios históricos. En tal sentido, dichas prácticas e instrumentaciones del saber parecieron serle libres al hombre, pero los mismos se hallaron condicionados por la existencia de una proliferación de estructuras discursivas que los dotaban de un conocimiento factible. De esta manera, Foucault intenta dar evidencias de esas bases históricas de conocimiento a partir de las cuales se torna posible el desenvolvimiento de una heterogeneidad de prácticas y acciones por parte de los hombres. Lo que el pensamiento moderno no ha logrado establecer, es esa posibilidad de disociación entre un discurso perteneciente a un orden de la reducción empírica y un discurso referente al ordenamiento de lo trascendental. Para Foucault, el hombre sólo dispone de la posibilidad de descubrirse a sí mismo sobre el marco de una historicidad ya hecha, anterior a él y de la cual nunca es contemporáneo de su origen.

En su pretensión de definirse como sujeto, el hombre sólo descubre su comienzo sobre el fondo de una vida que se inicia antes de sí. Pues el sujeto, sólo puede llegar a pensar y a interpretar lo que le parece ser verdadero sobre el fondo de un origen que lo trasciende y que le es inaccesible producto de su condición apriorística y ya iniciada, de una trascendentalidad discursiva que lo determina y que lo porta de toda posibilidad de interpretación. Allí, donde hay discurso, toda ocasión de representación se despliega, los hechos se materializan y las realidades mismas se confieren y recubren de sentido:

En un sentido, el hombre está dominado por el trabajo, la vida y el lenguaje: su existencia concreta encuentra en ello sus determinaciones, no es posible tener acceso a él sino a través de sus palabras [...] él mismo, puesto que piensa, no se revela a sus propios ojos sino bajo la forma de un ser que es ya, en un espesor necesariamente subyacente, en una irreductible anterioridad, un ser vivo, un instrumento de producción, un vehículo para palabras que existen previamente a él. Todos estos contenidos de su saber se le revelan como exteriores a él y más viejos que su nacimiento, lo anticipan, desploman sobre él toda su solidez y lo atraviesan como si no fuera más que un objeto natural o un rostro que ha de borrarse en la historia (Foucault 1986: 305)

Toda posibilidad de saber, de evolución y de comprensión por parte del hombre, se encuentra circunscrita a la materialidad discursiva de un lenguaje previo que lo constituye como sujeto de experiencia. Desde las instancias mismas de su existencia, el hombre permanece sujetado a las determinaciones de un apriori histórico que se le escapa. Ese origen no conocido, imposible de ser pensado y que le posibilita su conocimiento de sí, resulta ser para Foucault el desafío al que se encuentra

¹ Para Foucault, las posibilidades de conocimiento y comprensión de las cosas descansa sobre la base de un apriori histórico discursivo que lo determina. Semejante *a priori* es lo que en cada momento recorta un posible campo de conocimientos, da lugar a la experiencia, define el modo de ser de los objetos y de las condiciones a partir de las cuales se conforma la veracidad y legitimidad del saber.

obligado a enfrentar todo hombre en sus pretensiones mismas por habitar aquella exterioridad que se le redime, de poder pensar aquello mismo que se le hace presente como lo impensado y de atravesar a las aporías discursivas que lo determinan.² Dicho desafío, no se trata para Foucault de la oportunidad de acceso hacia un primer conocimiento puro y originario, sino de la imposibilidad misma de acercamiento a eso ininteligible que le posibilita operar en tanto sujeto de conocimiento.

Análisis ontológico de lo impensado, Foucault considera que ya no es el origen el que da lugar al acontecer de una historicidad, sino que es la historicidad misma la que intenta perfilar en torno a su trama discursiva la necesidad de acceder hacia un origen que irreductiblemente se le hace inalcanzable. Temporalidad paradójica, el hombre se descubre y se despliega sobre la base de una historicidad ya iniciada y de la cual nunca es contemporáneo. En este sentido, el apriori histórico, es aquello que se halla considerado como lo más extraño e insólito al hombre, extrañeza que coexiste consigo en tanto lo más cercano, inherente y fraternal y cuyo origen histórico anterior a él le posibilitan su desenvolvura y despliegue de conocimientos sobre las bases y cimientos de un saber ya instituido. En tanto exterioridad irreductible, los aprioris histórico-discursivos no le son extraños al hombre, toda posibilidad de representación y de conocimiento de las cosas no se le escapan al sujeto ni se le fluyen una vez culminado dicho acto, sino que se le tornan inapropiables desde las instancias mismas de su iniciación (Foucault 1986: 315)

Ese origen incógnito e imposible de ser representado y sobre el cual el hombre no ejerce ningún tipo de dominio ni es partícipe de su iniciación, resulta serle inabordable en cuanto sujeto de experiencia. Pensar al origen como lo más cercano y lejos de sí, es la paradoja a partir de la cual según Foucault el hombre no es contemporáneo de aquello mismo que lo hace ser (Foucault 1986: 325). Esfuerzo siempre infinito por arribar hacia el pensamiento de un origen desconocido que se le sustrae, el hombre permanece alejado de aquello mismo que lo constituye. A propósito de esto, y en su análisis del cuadro de *Las Meninas* de Velásquez, podríamos decir que Foucault nos introduce hacia un estudio de las aporías, hacia el estudio de aquellas bases históricas de condicionamiento que posibilitan la configuración de un orden representativo y de comprensión de las cosas, pero que resulta a su vez imposible de ser confinada dentro de los esquemas y márgenes de un encuadre figurativo pleno ligado a las pretensiones absolutas de duplicación y representación de la realidad.

En la obra de *Las Meninas*, los aspectos de la representación permanecen dispersos en la existencia de tres figuras distintas. Ellos son: el pintor en tanto individuo productor del acto representativo, las miradas y cuerpos de los sujetos en tanto objetos y figuras de la representación y la mirada del rey en tanto espectador del espectáculo de la representación misma. Así, Velásquez intentó poder representar de forma ordenada y esquemática la dimensionalidad de estos tres actos. Según Foucault, el éxito y la virtuosidad de dicha obra se vio a sí misma escindida e imposibilitada, pues el acto de representación, ese despliegue unificado de condicionamientos *a priori*s que lo hicieron posible, no pudo de hecho llegar a ser representado. En sí, es ese atravesar infinito de lo impensado, de lo aporético y de lo indeterminado que excede a toda instancia de determinación, lo que para Foucault resulta ser la inestabilidad misma a la que permanece expuesta la escenificación del

² El hombre y su relación con lo impensado, con aquello mismo que lo determina, son para Foucault contemporáneos y establecen entre sí una relación de reciprocidad. Lo impensado siempre le es al hombre exterior e indispensable. “[...] todo el pensamiento moderno está atravesado por la ley de pensar lo impensado –de reflexionar en la forma del Para sí los contenidos del En sí [...] el pensamiento moderno avanza en esta dirección en la que lo Otro del hombre debe convertirse en lo Mismo que él” (Foucault 1986: 319)

cuadro de *Las Meninas*. Intento de perfección creciente, las escisiones y aporías que atraviesan a la obra de Velásquez dan evidencia de que no hay posibilidades de representación de la realidad sino a partir de una base de condicionamientos históricos que se nos escapan. Según Foucault, los basamentos y códigos históricos que rigen de antemano a cada hombre le posibilitan su reconocimiento de sí y dan origen a sus posibilidades de operar como sujeto de saber. Pues lo que es imposible de demostrar, tanto en el cuadro de *Las Meninas* como así también en lo que hace a todo intento de reflejo y comprensión absoluta de la realidad, es esa proliferación de espacios de saber que hacen posible al acto representativo y que, por ende, dan lugar a la configuración de un esquema de conocimientos:

Quizá haya, en este cuadro de Velásquez, una representación de la representación clásica y la definición del espacio que ella abre. En efecto, intenta representar todos sus elementos, con sus imágenes, las miradas a las que se ofrece, los rostros que hace visible, los gestos que la hacen nacer. Pero allí, en esta dispersión que aquella recoge y despliega en conjunto, se señala imperiosamente, por doquier, un vacío esencial: la desaparición necesaria de aquello que la fundamenta [...] (Foucault 1986: 25)

Aquello que es y que, por corolario, es posible de ser comprendido, es el resultado de una historicidad anterior al hombre y de un origen imposible de acceder y de ser interpretado. Soberano sometido, el hombre se constituye a la vez en objeto de saber y sujeto de conocimiento a partir de una anterioridad histórica que lo condiciona. (Dreyfus 1995: 99). De ser confinada las bases históricas que contribuyen y hacen posible a toda posibilidad de representación del mundo por parte de los hombres, no habría oportunidad alguna de percepción de las cosas, de establecimiento de un sistemas de clasificación y ordenamiento de significados, ni de la posibilidad misma de una heterogeneidad de estrategias de desenvoltura y moviidades por parte de los sujetos en el seno y esfera de un supuesto presente pleno. Para Foucault, lo que debe generar inquietudes en el pensamiento de los hombres no es tanto lo que piensan y de hecho han de comprender, sino los condicionamientos generados a partir de la existencia de eso *im-pensado* e *in-comprensido* que desde el comienzo de juego los sistematiza, los inserta en un sistema de verdades y los conforma en sujetos portadores de un saber.

Huellas, diseminaciones y aporías: un enfoque de *Las Meninas* desde Jacques Derrida

El propósito por entablar una lectura deconstruccionista y derridiana de la obra de *Las Meninas* de Velásquez, lectura ya realizada por el mismo Foucault en *Las palabras y las Cosas*, es afín a la posibilidad de vislumbrar esos excesos y aporías irrepresentables que competen a toda estructura y ordenamiento representativo. Más allá de una interpretación de los rastros aporéticos que podríamos encontrar en los análisis que Foucault establece respecto al accionar representativo, aporía misma que marca la imposibilidad de confinamiento de esas bases y determinaciones apriorísticas que hacen posible a la duplicación de la realidad y al desplazamiento de toda posibilidad de conocimiento y comprensión de las cosas, una lectura derridiana de *Las Meninas* nos induce a concebir cómo toda obra representativa se ve imposibilitada de acceder al conocimiento de un origen puro y causal, dado que la mera reiteración y duplicación de la realidad conlleva al porvenir de una dispersión significativa. Así como para Foucault las determinaciones histórico-apriorísticas que hacen factible a la comprensión y representación de las cosas no pueden llegar a ser confinadas a la plenitud de un conocimiento absoluto, para Derrida no hay origen ni determinación

causal que pueda ser confinada, no hay posibilidad nunca de acceso a la inmediatez de los hechos, ni nada que sobrepase a la discursividad del acto representativo. Pues, para el mismo, toda presencia e interpretación misma de la realidad permanece siempre interminablemente diferida, se ve envuelta en aporías y en formulaciones imposibles.

En este sentido, sostiene Derrida, todo acto representativo permanece siempre inscripto en el devenir de su propia ruina, pues sus pretensiones de comprensión e inmediatez conviven infinitamente tergiversadas por la imposibilidad de apresamiento de aquellas huellas y diferencias (différences) irreductibles que la tornan realizable.³ Circular por sobre la interioridad textual de toda representación es acorde, de acuerdo a los fines de la deconstrucción derridiana, de dirigirnos hacia las fronteras y límites instituyentes que hacen posible a la univocidad de sentido e intento de duplicación de los acontecimientos. Toda unidad representativa es siempre una unidad escindida y fallada por la existencia espectral de referentes residuales; puntos de exceso que actúan como sostén de inteligibilidad de dichos enunciados figurativos pero que, a su vez, remarcan sus agrietamientos y ausencias inherentes.

La representación, suplemento de una falta, de una fisura y ausencia inerradicable, disloca y posibilita a su vez la reconfiguración de un supuesto significado originario. Relación de adición, lo suplementario es eso algo extraño que se añade y completa aunque la mera posibilidad del suplemento de añadirse a la plenitud de una estructura ontológica plena implica que la ontología del presente es ya, de por sí, una unidad de sentido deficiente, inestable, barrada e incompleta. Pensar a la representación como potencia de constitución y posibilidad misma de rehabilitación de lo pleno, implica aludir a la lógica de la suplementariedad. De esta manera, podemos llegar a interpretar como toda posibilidad de comprensión y representación de la realidad permanece siempre expuesta a inevitables juegos de alteridad y interrupciones de sentido. En tanto efecto de suplemento, la representación y los intentos mismos de duplicación del presente conllevan en sí la potencialidad de su amenaza.

Así como para Foucault la conformación de todo orden de conocimiento se encuentra atravesada por el andamiaje de un (im)pensado origen apriorístico que hace posible a la representación del presente, para Derrida, dicha otredad constitutiva es (im)posible de ser confinada no sólo por la existencia de un presente siempre diferido, sino también por que la mera duplicación e intento de representación pura de la realidad proporcionan en sí un potencial de tergiversación significativa. La imposibilidad misma de reflejo representativo que caracteriza el cuadro de *Las Meninas*, no es sólo a partir de la imposibilidad de inscripción en la obra de aquello apriorístico e (im)pensado que lo hace ser, sino producto de los excesos, diseminaciones y aporías irreductibles que dicha pretensión de duplicación de la realidad genera. Para Derrida, esa multiplicidad y diversidad de significación generada a partir de todo acto representativo, no debe ser expresada en tanto devenir de un acontecimiento accidental que compete a las posibilidades mismas de significación del presente, sino intrínsecas a las inmediaciones en que dicho presente parece producirse. Puesto que comienza por repetirse, toda producción del presente conlleva en sí la forma de la figuración y el relato. Engendrada a partir de la reiteración, la disposición del presente coexiste siempre diferida. Si representar es la posibilidad por cierto de evidenciar y marcar un horizonte de verdad, pues dicho accionar opera siempre por sobre un terreno de improductividad atravesada por una imposibilidad

³ Por *différance*, Derrida considera a aquellas aporías constitutivas que son productoras de los sistemas diferenciales, y que imposibilitan el detenimiento y paralización de un presente simple, inmodificado e in-diferente. La *différance* es el origen no-pleno, no-simple, el origen diferenciador del diferir de las diferencias

constante y por el devenir de una evasión infinita que no se deja confinar (Derrida 1975: 441).

Focalizar la mirada hacia ese fuera de obra, hacia ese fluir constante de un exceso, implica en sí la tarea de marcar el acontecimiento que desestabiliza y modifica a su vez la estructura interna de todo encuadramiento representativo. Dado que no hay posibilidades de representación sino a partir de la reiteración y reposición de un supuesto sentido originario de la realidad, el método representativo es a su vez la potencia que determina la diseminación ligada a la inscripción en el tiempo de un acontecimiento singular. Para Derrida, no hay reiteración de una singularidad que no sea propensa al porvenir de una proliferación significativa, no hay posibilidades de aprehensión sino a partir de una discursividad apriori que ante su inscripción en el tiempo se ve sometida al suceder de diseminaciones interpretativas.

Tratar a la realidad como a un objeto aprensible en su totalidad y perseguirla a los fines de ser confiscada a las disponibilidades de un conocimiento estático, son las complicaciones y dificultades a las que ve expuesta toda política representativa de la verdad (Derrida 1984: 160). Al ser la estructura representativa la imposibilidad de significación misma de una idealidad pura y el reflejo transparente de una anterioridad en el presente, no existen posibilidades de emprender la efectividad de una representación sin estar por ello comprometido con el porvenir de una alteridad de significación siempre indefinida:

[...] esta idealidad, que no es sino el nombre de la permanencia de lo mismo y la posibilidad de su repetición, no existe en el mundo y no viene de otro mundo. Aquélla depende por entero de la posibilidad de actos de repetición. Está constituida por ésta. Su ser está hecho a medida del poder de repetición. La idealidad absoluta es el correlato de una repetición indefinida [...] esta determinación del ser como idealidad se confunde de manera paradójica con la determinación del ser como presencia. No solamente porque la idealidad pura es siempre la de un objeto ideal, que hace frente, que está presente ante el acto de la repetición [...] sino también porque sólo una temporalidad determinada a partir del presente viviente como a partir de su fuente, del ahora como punto de fuente, puede asegurar la pureza de la idealidad, es decir, la apertura de la repetición de lo mismo hasta el infinito (Derrida 1985: 103)

Ilusión estructural de no dejar nada fuera, de que ninguna exterioridad se le redima, Velázquez mantiene una relación irresoluble con lo irrepresentado de la representación. Aporías irreductibles que determinan el fracaso de las pretensiones de exactitud de la escena, *Las Meninas* no son el reflejo de la representación perfecta de la realidad sino del devenir de excesos que todo intento de duplicación de lo factual genera. Pues el actor, los personajes y el espectador, ya no gozan de un lugar fijo en la interioridad de la escena, sino que se encuentran expuestos al devenir de un desconcierto constante y a una inevitable dislocación de identidad de lo que supuestamente son. Montaje que ante su mera escenificación se desmonta, se disuelve y se deconstruye, *Las Meninas* devienen en una muestra de los desmoronamientos e imposibilidades que implica toda pretensión imaginaria de representación absoluta. Pues la representación, conlleva en sí el devenir de lo no-percibido, de lo im-pensado, de lo no-presente que se resiste a ser detenido en la plenitud de la presencia misma (Derrida 2005: 88). La significación y duplicación de lo real, sólo se forma allí, en el diferir de una huella, en la posibilidad constante de una representación siempre diferida no sólo por la imposibilidad de apresamiento de un origen escindido, sino también por las diseminaciones y alteridades significativas que toda reiteración representativa concibe. Desde las instancias mismas en que hay huella, en que la presencia coexiste junto a un vacío irreductible e imposible de ser

representado, no hay oportunidad de pureza, de plenitud, ni de transparencia. En tanto suplemento, la representación intenta darle lugar a una no-presencia, a un no-representado, en su intento de aproximación a la realidad de *la cosa*, genera su vez su alejamiento, su desviación y apartamiento. Pues no hay ningún presente, ni ninguna originariedad antes de la representación. La representación no se encuentra jamás precedida mas que por sí misma, por la proliferación de su diferir constante e infinito.

A propósito, podemos decir que la escena de *Las Meninas* no se encuentra amenazada más que por sí misma. La reiteración y puesta en escena de lo que permanece allí delante, se ve así mismo intimidado por el devenir de una diseminación provocada por la suplementariedad de la representación. Imposibilidad de acercamiento del autor con la realidad, de confinamiento de aquella aprioricidad histórica e impensada que la hace ser y de aprehensión de aquellas aporías que se le redimen ante la reiteración representativa de las figuras, *Las Meninas* dan evidencia de las escisiones a las que permanece sometido Velázquez, escisiones marcadas por la imposibilidad de representación absoluta de lo apriori por parte del autor, como así también imposibilidad caracterizada por la diseminación y alteridades significativas que producen la lectura y reproducción misma de la obra.

Las viabilidades y potencialidades mismas de la representación, no son más que sus límites, su diferir y su proliferación. Lo invisible e impensado de la escena, mantiene relación inherente con aquella in-visibility que hace pertinente a su producción. Toda pretensión de representación resulta siempre posible de ser ejecutada en el tiempo; en tanto expone constantemente la realidad a irremediables transformaciones, alteridades y diseminaciones. Lo irrepresentable, no viene nunca a exceder al orden representativo desde su exterioridad, sino que pertenece y convive en el seno de su interioridad misma. No hay representación sin falta, ni tampoco modalidades de representación que sean libres de diseminaciones y excesos. En sí, la unidad y su falta, lo absoluto y sus indeterminaciones, mantienen una relación de imposibilidad constante, de limitaciones y de imperfecciones irresolubles:

El presente no se da como tal, no aparece, no se presenta, no abre la escena del tiempo o el tiempo de la escena, sino acogiendo su propia diferencia interna, sino en el pliegue interior de su repetición originaria, en la representación [...] Lo trágico no es la imposibilidad sino la necesidad de la repetición [...] pensar la clausura de la representación es pues pensar la potencia cruel de muerte y juego que permite a presencia nacer así misma, gozar de sí mediante la representación en que aquella se sustrae en su diferencia. Pensar la clausura de la representación es pensar lo trágico: no como representación del destino sino como destino de la representación (Derrida 1989: 343)

Aquellos puntos de de-sutura y agrietamiento que en efecto provocan las instancias mismas de sutura e intento de clausura de todo accionar representativo, son una muestra evidente de aquellas inestabilidades constantes por la que transita toda exposición y encuadramiento discursivo. Lo que una lectura postestructuralista y deconstruccionista nos permite evidenciar, es ese estado de amenaza y de inseguridad infinita por la que transita todo propósito de reiteración de lo supuestamente evidente. Disrupción y alteridad irresoluble, en donde aquello concebido como totalmente externo y disociado a la corporeidad misma de los encuadres representativos, no ha de ser considerado como condición accidental, sino inherente a la interioridad de su esfera. Esa necesidad de hacer siempre referencia a un irreductible e impensado exterior constitutivo, denota el carácter incompleto y quebrantado por el que transita toda identidad y representación enunciativa. En este sentido, una lectura postestructuralista de lo representacional, nos ofrece siempre la

posibilidad de no detenernos en el agotamiento de significado que las estructuras representativas intentan establecer, sino de sobrepasar las fronteras y límites que conciernen a sus meta-relatos, de circular por sobre el terreno de sus márgenes, de sus periferias, de sus huecos, vacíos y ausencias que competen a la interioridad de su construcción y edificación misma. Si bien la representación como suplemento, implica la posibilidad de sustituir el lugar de una ausencia, pues dicha sustitución figurativa no refiere al reemplazo por un igual siempre inmodificado. En este sentido, la representación va más allá de ello, supone creatividades, alteridades, modificaciones y una recuperación siempre atravesada por la irreductibilidad de lo imposible.

Referencias:

- Culler, Jonathan (1998) *Sobre la deconstrucción*, Madrid: Cátedra.
- Derrida, Jacques (1975) *La Diseminación*, Madrid: Fundamentos Editorial.
- Derrida, Jacques (1984) *La Filosofía como Institución*, Granica Editorial: Barcelona.
- Derrida, Jacques (1985) *La Voz y el Fenómeno*, Valencia: Pre-textos.
- Derrida, Jacques (1998) *La Escritura y la Diferencia*, Barcelona: Anthropos.
- Derrida, Jacques (1998) *Márgenes de la Filosofía*, Madrid: Cátedra.
- Derrida, Jacques (1998) *Aporías*, Barcelona: Paidós Studio.
- Derrida, Jacques (2005) *De la Gramatología*, México: Siglo XXI.
- Dreyfus, Hubert (1995) "Sobre el ordenamiento de las cosas. El Ser y el Poder en Heidegger y en Foucault", en: *Michel Foucault Filósofo (AA-VV)*, Gedisa Editorial: Barcelona.
- Foucault, Michel (1968) *Las Palabras y las Cosas. Una Arqueología de las Ciencias Humanas*, Siglo veintiuno Editores: Buenos Aires.
- Foucault, Michel (1970) *La Arqueología del Saber*, Siglo veintiuno Editores: Buenos Aires.
- Foucault, Michel (2008) *El Orden del Discurso*, Fabula Tusquets Editores: Buenos Aires.
- Jalón, Mauricio (1994) *El Laboratorio de Foucault. Descifrar y Ordenar*. Anthropos Editorial del Hombre: Barcelona.